

obra de regeneración social y el pedagogo de los *gentlemen* se convertía en educador de los pobres.

**Locke y Rousseau.** — En el *Emilio* hallaremos de nuevo la frecuente inspiración de aquel á quien Rousseau llamaba el « sabio Locke » y acaso admiraremos más aún las cualidades prácticas y la juiciosa sensatez del pedagogo inglés cuando hayamos hecho conocimiento con las quimeras de su imitador francés. En Locke encontramos no al autor que quiere brillar sino al hombre sensato y juicioso que cuenta sus opiniones y no abriga más presunción que la de entenderse consigo mismo y ser comprendido por los demás. Para apreciar los *Pensamientos* en su justo valor habría que leerlos después de releer el *Emilio* que tanto les debe. Si : al salir de una lectura de Rousseau, después del vivo deslumbramiento y del vértigo casi que produce en quien lo lee un escritor de genio cuya imaginación se exalta sin cesar, cuya pasión se desenfrena y que á verdades tan elevadas mezcla paradojas que impacientan y declamaciones ruidosas, el espíritu descansa dulcemente cuando estudia á Locke y encuentra una idea igual siempre, un estilo sencillo y apacible, un autor siempre dueño de sí mismo, siempre correcto á pesar de algunos errores ; un libro lleno, en fin, no de relámpagos y de humo sino de luz agradable y pura.

## LECCIÓN X

LA EDUCACIÓN DE LAS MUJERES EN EL SIGLO XVII. —

JACQUELINE PASCAL Y M<sup>ma</sup> DE MAINTENON

La educación de las mujeres en el siglo XVII. — Madama de Sévigné. — El abate Fleury. — Educación de los conventos. — Port-Royal y el *Reglamento* de Jacqueline Pascal. — Impresión general. — Rigor y amor. — Carácter general de Saint-Cyr. — Dos períodos en la institución de Saint-Cyr. — Representaciones dramáticas. — Reforma de 1692. — Importancia personal de madama de Maintenon. — Sus escritos pedagógicos. — Organización interior de Saint-Cyr. — Desconfianza respecto de la lectura. — El estudio de la historia descuidado. — Instrucción insuficiente. — Trabajo manual. — Educación moral. — Devoción discreta. — Sencillez en todo. — Fenelón y Saint-Cyr. — Juicio general.

**La educación de las mujeres en el siglo XVII.** — La *Educación de las jóvenes* de Fenelón nos enseñó hasta dónde podía llegar, aun en sus teorías más liberales, el espíritu del siglo XVII, en lo que concierne á la instrucción de las mujeres ; pero en la práctica, hechas algunas brillantes excepciones, faltaba mucho para que se alcanzara el tan modesto é imperfecto ideal de Fenelón.

Crísalo no era el único en opinar como lo hacía al decir en las *Mujeres sabias* :

« No es honesto, por muchas causas, que una mujer estudie y sepa tantas cosas. Formar el espíritu de sus hijos para las buenas costumbres ; cuidar de su hogar y de sus gentes ; y ordenar sus gastos con economía : tales deben ser su filosofía y su estudio. »

Cierto es que Molière no estaba de acuerdo con los prejuicios que puso en boca de su personaje cómico y que concluía indicando la conveniencia de que la mu-

jer « tuviera luces en todo, » pero en la realidad de los hechos y en la práctica, triunfaba la opinión de Crisalo. Aun en las categorías elevadas, la mujer estaba apartada de la instrucción y de las cosas del espíritu. La esposa de Racine no vió representar nunca y probablemente nunca leyó las tragedias de su marido.

**Madama de Sévigné.** — No faltaban sin embargo en el siglo XVII, mujeres de talento ó de genio que hubieran podido defender con elocuencia la causa de su sexo; pero se conformaron con dar, por sí mismas, buenos ejemplos, sin preocuparse de que las imitaran. Madame de Lafayette traducía el latín admirablemente: madama Dacier era una humanista de primer orden y madama de Sévigné sabía las lenguas modernas tan bien como las antiguas. Nadie como ella habló mejor del interés de la lectura y he aquí en qué términos recomienda las mismas novelas:

« Vi que un joven se hacía bravo y generoso al contemplar á mis héroes y que una joven volvíase honesta y prudente al leer *Cleopatra*. A las veces, algunas jóvenes hay que toman las cosas al revés, pero acaso no obrarían mucho mejor si no supieran leer (1). »

Madama de Sévigné daba á leer á su hija las obras de Descartes y las tragedias de Corneille á su nieta Paulina:

« Si yo educara á mi nieta, decía, le daría á leer buenas cosas, pero no demasiado simples y discutiría con ella (2). »

**El abate Fleury.** — Pero madama de Sévigné y madama de Grignan sólo eran honrosas excepciones. Si se dudara de la ignorancia de las mujeres de aquella época, bastaría leer este picante pasaje del abate Fleury, colaborador de Fenelón en la educación del duque de Borgoña:

« Sin duda será gran paradoja que las mujeres deben aprender cosas que no sean su catecismo, la costura y otras labores pequeñas, cantar, bailar y vestirse á la moda, y hacer bien la reverencia, pues he ahí comunmente á todo lo que se reduce su educación (3). »

(1) Carta del 16 de Noviembre de 1689.

(2) Carta del 1° de Junio de 1680.

(3) Tratado de la elección y del método.

Fleury sueña otra cosa para la mujer: pide que aprenda á escribir correctamente en francés y que estudie la lógica y la aritmética; pero no temamos que el liberalismo de un pensador del siglo XVII pueda llevarle demasiado lejos. Fleury admite, por ejemplo, que la historia es absolutamente inútil para las mujeres.

**La educación en los conventos.** — Casi exclusivamente en los conventos recibían algo de instrucción las jóvenes. Las congregaciones religiosas que se consagraban á la educación femenina eran numerosas: citemos, entre las más célebres, las Ursulinas, fundadas en 1537; la asociación de las Angélicas, establecida en Italia en 1536; y la orden de Santa Isabel; pero á pesar de la diversidad de nombres, todos esos conventos de jóvenes se parecían. La mujer no era educada más que para el cielo ó para la vida devota; los ejercicios espirituales componían la única ocupación de las discípulas y apenas si se tomaban en consideración los estudios.

**Port-Royal y el Reglamento de Jacqueline Pascal.** — La mejor manera de penetrar en la vida íntima de esos conventos del siglo XVII, es leer el *Reglamento para las niñas* escrito en 1657 por Jacqueline Pascal, sor Santa Eufemia. Tanto como la de los hombres preocupó á los jansenistas la educación de las jóvenes, pero en este punto no merece Port-Royal los mismos elogios.

**Impresión general.** — Nada tan sombrío ni tan triste como el interior de su casa de jóvenes; nada tan austero como las reglas de Jacqueline Pascal.

« Extraña emoción la que causa aún después de muchos siglos, el espectáculo ofrecido por esas niñas que guardan silencio ó hablan en voz baja desde que se levantan hasta que se acuestan; que caminan siempre entre dos religiosas, una por delante y otra por detrás, para impedir que « retardando el paso con cualquier pretexto puedan tener alguna comunicación entre ellas »; que trabajan de modo que nunca estén dos ó tres reunidas; que pasan de la meditación al rezo, del rezo á una instrucción; que fuera del catecismo sólo aprenden la lectura, la escritura, y el domingo « algo de aritmética, las grandes de la una á las dos y las chicas de dos á dos y media; » que tienen las manos siempre ocupadas para impedir que el espíritu se extravíe, pero sin poderse entregar por completo á su trabajo »

que debía gustar más á Dios mientras á ellas les gustara menos : « que combatían todas sus inclinaciones naturales y despreciaban los cuidados del cuerpo » destinado á servir de pasto á los gusanos : « que en una palabra no hacían nada que no fuera con espíritu de mortificación. Imagínense esos días de catorce y dieciséis horas, que se sucedían y pesaban sobre esas pobres monjitas durante seis á ocho años en aquella triste soledad, sin que nada les llevase el movimiento de la vida, sin tener otra cosa que el toque de campana que anunciaba el cambio de ejercicio ó de penitencia, y se comprenderá el sentimiento de tristeza de Fenelón cuando habla de las tinieblas de la profunda caverna en que se tenía encerrada y como sepultada la juventud de las mujeres (1). »

**Rigor y amor.** — La severidad del *Reglamento* es tal que hasta el editor, también jansenista, M. de Pontchartrain, confiesa que será imposible obtener de todas las niñas « tan gran silencio y vida tan tirante » y pide que las maestras procuren también granjearse su cariño. Al rigor, dice, es preciso unir la ternura. Jacqueline Pascal no parece participar de esta opinión, puesto que declara que no debe amarse sino á Dios. Sin embargo, á pesar de su rigor acostumbrado, la ternura humana vuelve á recobrar á las veces sus derechos en las reglas que establece. Se comprende que ama mucho más de lo que lo dice á esas jóvenes que llama « tortolitas ».

Por una parte el *Reglamento* convida á las discípulas á que coman de todo indistintamente y á empezar por lo que les guste menos, por espíritu de penitencia ; pero por otra parte Jacqueline escribe : « Hay que exhortarlas á que coman lo bastante para no debilitarse, y por eso debe ponerse cuidado en si han comido lo suficiente. » También hay una solicitud conmovedora, casi maternal, en rasgos como éste : « Asi que estén acostadas hay que visitar cada cama en particular para ver si están acostadas con la modestia requerida y si están bien abrigadas en invierno. » A veces, la mística hermana del ascético Pascal, se enternece : « No se deja, sin embargo, de compadecerlas y de acomodarse á ellas hasta donde es posible, pero sin que tengan conocimiento de esta condescendencia. »

(1) M. Gréard, *Memoria* sobre la enseñanza secundaria de las jóvenes, página 55.

Pero lo que domina, lo que sin cesar se repite es la idea de que la naturaleza humana es perversa, que es una rebelde á quien debe domarse y que no merece miramientos.

De lo que menos se trata es de hacer agradable el estudio. Jacqueline recomienda á sus discípulas que trabajen sobre todo en aquello que más les disguste, porque la labor agrada tanto más á Dios cuanto menos les agrade á ellas. Las manifestaciones de la amistad están prohibidas y acaso hasta la amistad misma : « Nuestras discípulas evitarán toda clase de familiaridades entre sí. »

La instrucción se reduce al catecismo, á la aplicación de las virtudes cristianas, á la lectura y á la escritura. No se enseña la aritmética más que los días de fiesta y no parece sino que la memoria sea la única facultad cuyo desarrollo desea Jacqueline : « Esto les despierta el espíritu, las distrae y las impide que piensen mal. »

¿No teníamos, pues, razón al decir que en Port-Royal las mujeres valían menos que los hombres? ¿Cuánta distancia entre la sólida instrucción de los discípulos de Lancelot y de Nicole y la ignorancia de las alumnas de Jacqueline Pascal! Aun al hablar de la educación de las mujeres, los hombres de Port-Royal tienen ideas más amplias que las que á ellos se les aplicaron. Nicole declara que los libros son necesarios hasta en los conventos de jóvenes porque debe « sostenerse la oración por la lectura ».

**Carácter general de Saint-Cyr.** — Cuando se pasa de Port-Royal á Saint-Cyr, parece que se recibe un rayo de luz al salir de oscura noche. Madama Maintenón, como institutriz, no tiene, sin duda, toda la amplitud de miras que convendría y mucho falta á su obra para que sea irreprochable ; pero no por esto dejó de ser la fundación de Saint-Cyr, una innovación de importancia. « Saint-Cyr, se ha dicho, no es un convento : es un gran establecimiento consagrado á la educación laica de señoritas nobles : es una secularización osada é inteligente de la educación de las mujeres. » Hay cierto exceso de elogio en estas palabras y el carácter laico de Saint-Cyr es muy discutible. Un

admirador, M. Lavallée, pudo escribir : « Las instrucciones de madama de Maintenón son indudablemente demasiado religiosas, demasiado monacales. » Convengamos, sin embargo, en que madama de Maintenón, que después de haber fundado Saint-Cyr, fué su directora *extra-muros* y que aún profesó allí á sus horas, es personalmente la primera institutriz laica de Francia. Convengamos también en que, por lo menos en su origen y hasta 1692, las damas encargadas de la dirección de los estudios no eran religiosas en el sentido absoluto de la palabra, pues no se ligaban por votos solemnes y definitivos.

Pero este carácter relativamente laico, esa ruptura con las tradiciones monásticas no se sostuvo en Saint-Cyr mientras duró la institución.

**Dos periodos en la institución de Saint-Cyr.** — Saint-Cyr, en efecto, pasó por dos periodos muy diversos en pocos años y madama de Maintenón obedeció sucesivamente á dos corrientes casi opuestas. En los primeros años, de 1686 á 1692, el espíritu del establecimiento es amplio y liberal; la educación brillante, quizás demasiado; y privan los ejercicios literarios y las representaciones dramáticas. Saint-Cyr es una casa algo mundana, más propia para formar mujeres ingeniosas que buenas madres de familia. Madama de Maintenón comprendió pronto que iba descarriada y desde 1692 obró, no sin exceso, contra las tendencias á las que antes habia pagado tributo. Concibió una desconfianza exagerada para las letras y disminuyó cuanto pudo la instrucción para preocuparse ante todo de las cualidades morales y prácticas. Saint-Cyr se convirtió en un convento, con mayor libertad sin duda que la que habia en los demás monasterios de aquella época, pero al fin y al cabo en convento.

**Representaciones dramáticas.** — El éxito demasiado ruidoso de las representaciones de *Endrómaca* y de *Esther* causó ese desviamiento de las primitivas intenciones de madama de Maintenón. *Esther* sobre todo fué el gran acontecimiento de los primeros años de Saint-Cyr : Racine distribuía los papeles; Boileau era profesor de la declamación y la corte entera, encabezada por el Rey, iba á aplaudir y á festejar á las

graciosas actrices que no omitían nada para agradar á sus espectadores. Todo esto trastornó un poco las cabezas; la disipación se deslizó en la escuela; las discípulas no querían ya cantar en la iglesia por temor de echar á perder su voz; caminábase evidentemente por una pendiente peligrosa; la institución quedaba apartada de su objeto y se estaba reconstruyendo con distinta forma otro hotel Rambouillet.

**Reforma de 1692.** — Como hemos visto, las damas de San Luis encargadas de la dirección de Saint-Cyr no constituían al principio una orden propiamente dicha, pero cuando madama de Maintenón quiso reformar el espíritu general del establecimiento, creyó necesario transformar Saint-Cyr en monasterio y fundó la orden de san Agustín.

Pero lo que cambió, sobre todo, fué la disciplina moral y el programa de estudios.

Madama de Maintenón expuso, en una carta memorable (1), las razones de esa reforma que modificó tan profundamente el carácter de Saint-Cyr :

« La pena que me causan las hijas de Saint-Cyr, decía, no puede repararse sino con el tiempo y por un *cambio completo* en la educación que hasta hoy les hemos dado, y muy justo es que yo la sufra puesto que contribuí más que nadie para ello... Mi orgullo se difundió en toda la casa y su fondo es tan grande que aún sobrepuja á mis buenas intenciones. Dios sabe que quise establecer la virtud en Saint-Cyr y he edificado sobre arena. No teniendo lo único que puede servir de sólido cimiento, quise que las jóvenes tuvieran ingenio, que se educase su corazón y se formase su razón. Tales propósitos los he conseguido : tienen ingenio y lo emplean contra nosotras ; tienen educado el corazón y son más arrogantes y altivas de lo que podría convenir á las más grandes princesas, y aun hablando según el mundo, hemos formado su razón y las convertimos en presumidas, curiosas y audaces... en ingenios peregrinos, en fin, que ni aun nosotras mismas, que los formamos, podemos aguantar... Pongamos remedio ; porque no hay que desalentarse... Así como varias cosas insignificantes fomentan el orgullo, otras lo destruirán. Nuestras jóvenes han sido consideradas, acariciadas y mimadas demasiado ; es preciso olvidarlas en su clase, hacerles cumplir el reglamento del día y hablarles poco de otra cosa... Rogad á Dios y haced que le rueguen á fin de que cambie su corazón y que les dé humildad á todas... En Saint-Cyr todo se reduce á discursos : se habla á menudo de la sencillez, se procura definirla exac-

(1) Véase la carta á madama de Fontaine, maestra general de las clases (20 de Septiembre de 1691).

tamente... y luego en la práctica se divierten en decir: por sencillez tomo el mejor sitio, por sencillez voy á alabarme... Hay que librar á nuestras jóvenes de esa inclinación á la ironía que les he dado... Quisimos evitar las pequeneces de algunos conventos y Dios castigó nuestra soberbia. No hay establecimiento en el mundo que necesite más humildad interior y exterior que el nuestro: su situación cerca de la corte, el aire de favor que en él se respira, las caricias de un gran rey, los cuidados de una persona considerada... todos esos lazos tan peligrosos nos obligan á dictar medidas completamente distintas de las que hemos tomado..... »

**Importancia personal de madama de Maintenon.** — Sea cual fuere el juicio que se dé sobre el espíritu de la dirección pedagógica de Saint Cyr, están fuera de discusión el celo admirable de madama de Maintenon y su incansable abnegación por el triunfo de su obra predilecta. Tenía una vocación decidida para institutriz. Durante más de treinta años no dejó de visitar Saint Cyr todos los días, algunas veces á las seis de la mañana, y escribió para las directoras y para las discípulas advertencias y reglamentos que llenan varios volúmenes. No es indiferente para nada de lo que concierne á « sus hijas » y cuida de sus comidas, de su sueño y de su compostura, así como de su carácter y de su instrucción:

« Los asuntos que tratamos en la corte son bagatelas: los de Saint Cyr tienen mayor importancia... » — « Pueda este establecimiento durar tanto como Francia y Francia tanto como el mundo. Nada es para mí tan caro como mis hijas de Saint Cyr. »

Sabido es que la ternura no constituía el fondo del alma de madama de Maintenon; pero de dura y seca que era por costumbre, en Saint Cyr se torna amable y cariñosa:

« No descuidéis nada para salvar las almas de nuestras jóvenes: para fortalecer su salud y para conservar su cuerpo. »

Un día, en que según costumbre, había ido á las clases para entretenerse con las religiosas, un grupo de alumnas pasó levantando una nube de polvo; y temiendo las religiosas que Madama de Maintenon se incomodara, le pidieron que se alejase: « Dejad, dejad á esas queridas niñas, contestó ella, me gusta

hasta su polvo. » Por una especie de reciproca, al ser consultados los alumnos de Pestalozzy, acerca de si querían que su anciano maestro les pegase y abofetease, contestaban afirmativamente: ¡les gustaban hasta sus bofetadas!

**Sus escritos pedagógicos.** — Sólo en nuestros días han sido las obras de madama de Maintenon publicadas íntegramente, gracias á los cuidados de M. Lavallée. En su mayor parte esos largos é interesantes escritos están consagrados á la educación y á Saint Cyr. Citemos en primer lugar las *Cartas y pláticas sobre la educación de las jóvenes* (1). Las cartas fueron escritas al día y dirigidas, ya á las damas de Saint Cyr, ya á las mismas discípulas. « Encuétranse en ellas, dice M. Lavallée, sólidas enseñanzas para cualesquiera época y condiciones; obras maestras de sensatez, de naturalidad y verdad, instrucciones de educación, en fin, que se acercan á la perfección. » Las *Pláticas* tienen como origen las conversaciones que sostenía madama de Maintenon durante las horas de recreo ó de clases, ya con las damas de Saint Cyr, ya con las discípulas que recogían y redactaban por sí mismas las palabras de su directora.

Después de las *Cartas y pláticas* vienen los *Consejos á las señoritas que entran en el mundo* (2) que contienen advertencias generales, conversaciones, ó diálogos y por último, proverbios, es decir composiciones dramáticas cortas, destinadas á la vez para instruir y divertir á las señoritas de Saint Cyr. No todo es admirable en esos ensayos que á menudo carecen de imaginación y en que madama de Maintenon, por imitar á Fenelón abusa de la instrucción directa, del artificio y de la diversión, para insinuar algunos lugares comunes de moral. He aquí algunos títulos de esos proverbios: *La ocasión hace al ladrón.* — *Las mujeres hacen y deshacen las casas.* — *Vale más dejar al niño mocosó que arrancarle las narices.* — *Demasiado rascar escuece, demasiado hablar perjudica, etc.*

(1) Dos volúmenes, 2ª edición, 1861.

(2) Dos volúmenes, 1857.

Citemos, en fin, las *Cartas históricas y edificantes dirigidas á las damas de Saint Cyr* (1).

De estos numerosos volúmenes en donde abundan las repeticiones, es lástima que aun no se hayan extractado, en orden metódico, algunos centenares de páginas que contuvieran la substancia del espíritu pedagógico de madama de Maintenón.

**Organización interna.** — El objeto de la fundación de Saint Cyr era el de asegurar para doscientas cincuenta jóvenes de la nobleza pobre, para las hijas de oficiales muertos ó arruinados, un asilo de educación en donde fueran educadas como convenia á fin de prepararlas, ya para religiosas, si tenían vocación, ya, lo que era más común, para buenas madres de familia. Como lo hizo notar justamente M. Gréard, « sólo la concepción de un establecimiento de esa naturaleza, la idea de hacer pagar por Francia la deuda de Francia, educando á los hijos de quienes le dieron su sangre, procede de un sentimiento desconocido hasta entonces (2) ».

Las alumnas se recibían, pues, en Saint Cyr desde su más tierna infancia, desde los seis ó siete años y se guardaban hasta la edad del matrimonio, hasta los dieciocho y veinte años.

Las jóvenes estaban divididas en cuatro clases: las encarnadas, las verdes, las amarillas y las azules. Las azules eran las mayores: llevaban el color del rey. Cada clase estaba dividida en cinco ó seis *grupos* ó *familias* compuestos de ocho ó diez discípulas cada uno.

Las damas de Saint Cyr se elegían comunmente entre las alumnas del establecimiento y ascendían á cuarenta: la superiora, la asistenta que suplía á la superiora, la maestra de las novicias, la maestra general de las clases, las maestras de las clases, etc.

El defecto capital de Saint Cyr consistía en que así como en los colegios de jesuitas, el internado era absoluto y la clausura completa. De los cinco á los veinte años la joven pertenece enteramente á Saint

(1) Dos volúmenes, 1860.

(2) M. Gréard, *Memoria sobre la enseñanza secundaria de las jóvenes*, 1882, página 59.

Cyr y casi deja de conocer á sus padres. Acaso se dirá que á menudo no los tenían y que á veces no podían esperar de ellos más que malos ejemplos. No importa: la regla general que espaciaba, hasta suprimirlas casi, las relaciones con la familia, no podría obtener nuestra aprobación. No se permitía ver á los padres más que cuatro veces al año y esas entrevistas sólo debían durar media hora, y en presencia de una maestra. Teníase autorización para escribir de cuando en cuando cartas de familia; pero, como si hubiera desconfiado de los impulsos naturales del corazón y de la libertad de las expansiones filiales, madama de Maintenón cuidó de componer ella misma algunos modelos de cartas. Más razonadora que sensible, no está exenta de cierta sequedad de alma y parece que quiso imponer á sus alumnas las costumbres extraordinarias de su propia familia: no recordaba que su madre la hubiera besado más que dos veces en la frente y eso después de una larga separación.

**Desconfianza hacia la lectura.** — Después de las reformas de 1692, la instrucción en Saint Cyr se convirtió en cosa secundaria. Se aprendía á leer, á escribir y á contar y fuera de ésto, casi nada. La lectura, en general, era vista con desconfianza: « Enseñad á las jóvenes á que sean sumamente sobrias con la lectura y á que prefieran siempre las labores manuales. » Los libros profanos estaban prohibidos y sólo se ponían en manos de las discípulas, obras piadosas: la *Introducción á la vida devota* de San Francisco de Sales y las *Confesiones* de San Agustín. « Renunciar al espíritu, » tal es la frase eterna de madama de Maintenón.

« Hay que educar á nuestras burguesas como burguesas y no se trata de adornarles el espíritu sino de predicarles los deberes de familia, la obediencia al marido, el cuidado de los hijos... La lectura causa más males que bienes en las jóvenes... Los libros forman marisabidillas y despiertan una curiosidad insaciable. »

**El estudio de la historia descuidado.** — Bastaría para juzgar del espíritu de Saint Cyr desde el punto de vista de la educación intelectual, el poco

caso que allí se hacía de la historia. Llegóse al grado de preguntar si no convendría suprimir completamente la historia de Francia y madama de Maintenón consiente en dejar que se enseñe, pero lo necesario nada más para que « las discípulas no confundan la serie de nuestros reyes con los príncipes de otros países y para que no tomen á un emperador romano por un emperador de China ó del Japón, ni á un rey de España ó de Inglaterra por un rey de Persia ó de Siam. » En cuanto á la historia de la antigüedad hay que desconfiar de ella, precisamente ; quién lo creyera ! por los hermosos ejemplos de virtud que contiene. « Temería que esos grandes rasgos de generosidad y heroísmo elevaran demasiado el espíritu de nuestras jóvenes y las tornaran vanas y presumidas. » ¿ No hay acaso derecho para asombrarse de que madama de Maintenón se asuste con la idea de elevar el espíritu de la mujer ? Ciertamente es que pensaba, sin duda, en las exageraciones novelescas producidas por la lectura del *Gran Ciro* y de los demás escritos de la señorita de Scudéry, y agreguemos, además, para disculpar la insuficiencia del programa de Saint Cyr en cuanto á la historia, que aun para los jóvenes de los colegios de la Universidad, el edicto que introdujo en las clases la enseñanza de la historia, no data sino de 1695.

**Instrucción insuficiente.** — « Nuestra época, dice M. Lavallée, no se acomodaría con esa educación en que la instrucción propiamente dicha no era más que secundaria y estaba sacrificada por completo á la manera de formar el corazón, el juicio y el carácter y en que esa educación, tanto en su conjunto como en sus detalles, era enteramente religiosa. » El error de madama de Maintenón, consistió, en efecto, en querer desarrollar las virtudes morales en almas apenas instruidas. Muchos discursos de moral se hacían en Saint Cyr y si no siempre fructificaron fué porque esa buena semilla caía en inteligencias poco cultivadas.

« Nuestras señoritas no están para presumir de sabias. Las mujeres nunca aprenden más que á medias y lo poco que saben las convierte, comunmente, en altivas, desdenosas, habladoras y poco afectas á las cosas serias. »

**Trabajo manual.** — Si la educación del espíritu estaba descuidada en Saint Cyr, en cambio atendíase mucho la educación manual. Se enseñaba á coser, á bordar, á tejer, y se hacía toda la ropa de la casa, de la enfermería, de la capilla, y los vestidos de las maestras y de las alumnas :

« Pero nada de labores delicadas, dice madama de Maintenón, y de dibujo demasiado grande : nada de esos perendengues bordados que son inútiles. »

¿ Con cuánto celo predicaba sin cesar madama de Maintenón el trabajo, del cual daba ella misma ejemplo ! En las carrozas del Rey llevaba siempre alguna labor. En Saint Cyr, las señoritas barrían el dormitorio, servían la mesa y aseaban las clases :

« Es preciso ocuparlas en labores penosas para que sean robustas, sanas é inteligentes. »

El trabajo manual es una garantía moral, una protección contra el pecado :

« El trabajo apacigua las pasiones, distrae el espíritu y no le da tiempo de que piense mal. »

**Educación moral.** — « El instituto, decía madama de Maintenón, no ha sido hecho para el rezo sino para la acción. » Quería, sobre todo, preparar á sus jóvenes para la vida doméstica : pensaba en formar esposas y madres. « Lo que me hace más falta, decía, son yernos ! »

De esto resultaba la constante preocupación de las cualidades morales, y se compondría un buen libro si se coleccionasen todas las máximas prácticas de madama de Maintenón, todas sus reflexiones sobre la charlatanería : « Siempre hay pecado en la multitud de palabras ; » sobre la indolencia : « ¿ Qué puede hacerse en la familia con una mujer indolente y delicada ? » sobre la cortesía « que consiste sobre todo en ocuparse de los demás » ; sobre la mollicie, muy gene-

ral entonces entre las mujeres de mundo : « No se piensa sino en comer y en estar á gusto. Las mujeres pasan el día en bata, acostadas sobre una gran silla, sin ninguna ocupación ni conversación; todo les parece bueno con tal de no menearse. »

**Devoción discreta.** — No nos figuremos que Saint Cyr haya sido una casa de oraciones, un lugar de devoción exagerada. Madama de Maintenón está por el cristianismo racional, y la piedad, tal como se recomienda en Saint Cyr, es una piedad *firme, recta y sencilla*, es decir, adecuada al estado en que debe vivirse y exenta de refinamientos :

« Las señoritas permanecen demasiado en la iglesia, escribía á madama de Brinon, primera directora del establecimiento... — Pensad, os lo ruego, en que este no es un claustro (1). »

Y más tarde, ya efectuada la reforma de Saint Cyr, he aquí lo que escribe :

« Sea la piedad que se inspire á nuestras jóvenes, alegre, dulce y libre, y consista más bien en la inocencia de su vida y en la sencillez de sus ocupaciones que en las austeridades, los retiros y las delicadezas de la devoción... Cuando una joven sale de un convento diciendo que por ningún motivo deben perderse las visperas, se burla uno de ella; cuando una joven instruída diga y practique que se pierdan los oficios para acompañar á su marido enfermo, todos la aprobarán... Cuando una joven diga que es preferible educar á sus hijos é instruir á sus criados, que pasar la mañana en la iglesia, se aceptará con gusto tal religión y esa joven se hará querer y respetar (2). »

¡ Consejos excelentes y quizás poco seguidos ! Madama de Maintenón habla en esa carta el lenguaje del sentido común y causa extrañeza oírlo en boca de la mujer política que no sin razón, y por su ingerencia en la revocación del Edicto de Nantes, pasa por ser una fanática intolerante.

**Sencillez en todo.** — La misma sencillez que recomendaba para la religión, la exigía madama de Maintenón para todo.

(1) *Cartas históricas*, tomo I, página 48.

(2) *Cartas históricas*, tomo I, página 89.

« Hay que quitar á las jóvenes, decía, todos los adornos y cintas que se pueda. »

Una maestra de clase habia hecho un hermoso discurso en que exhortaba á sus discipulas á tener con el pecado « un divorcio eterno : »

« No hay duda que está bien dicho, observa madama de Maintenón, ¿ pero qué señorita de las nuestras sabe lo que es el divorcio ? »

**Fenelón y Saint Cyr.** — Al hablar Michelet de Saint Cyr, decía : « Su seca directora era mucho más hombre que Fenelón. » Lo cierto es que el autor de la *Educación de las jóvenes* concedía mayor importancia á la sensibilidad y á la inteligencia. No fué madama de Maintenón quien dijo : « Es preciso disculpar la ternura de corazón en las jóvenes hasta donde sea posible; » ni fué en Saint Cyr donde se practicaron máximas como estas : « Dadles, pues, las historias griegas y romanas : verán en ellas prodigios de valor y desinterés. No las dejéis ignorar la historia de Francia que también tiene sus bellezas... Todo esto sirve para engrandecer el espíritu y elevar el alma á nobles sentimientos... » Sin embargo la obra de Fenelón gozaba de mucho crédito en Saint Cyr. Apareció aquélla en 1687, éste fué fundado en 1686 y muchos de los preceptos de la obra se adoptaron en Saint Cyr; por ejemplo, los que siguen : « Deben evitarse las frecuentes salidas. » « Es preciso no acostumbrar á las jóvenes á que hablen mucho. »

**Juicio general.** — En resumen, si el ideal propuesto á las señoritas de Saint Cyr por madama de Maintenón no puede satisfacer á quienes conciben en nuestros días « una educación más amplia en sus programas y más libre en su espíritu, » hay que hacer justicia, por lo menos á un instituto que fué, como lo decía su misma fundadora « un proyecto de colegio », una primera tentativa de emancipación para la educación de la mujer. Sin exigir á madama de Maintenón lo que no era de su época, hay que imitarla en lo que concierne á la educación eterna de las virtudes morales,



de las cualidades de discreción, de reserva, de sumisión y de bondad. « Por severa que parezca esa educación, dice M. Lavallée, inspirará amargas reflexiones á los que observan el modo con que hoy se educa á las mujeres, los resultados de esa educación de lujo y de placeres, no sólo para el hogar doméstico sino aún para la sociedad y para la vida política, y el porvenir y los hombres que para Francia prepara; les hará preferir esa educación viril, por decirlo así, que purificaba las costumbres privadas y daba nacimiento á las virtudes públicas y apreciar y echar de menos esa obra de madama de Maintenón, que impidió durante un siglo que la corrupción de la corte llegara á las provincias y que mantuvo en los vetustos castillos, de donde salía la mayor parte de la nobleza, virtudes firmes y costumbres sencillas y antiguas. ».

## LECCIÓN XI

ROLLIN

La universidad de París. — Estatutos de 1598 y de 1600. — Organización de las diversas Facultades. — Decadencia de la universidad de París en el siglo XVII. — Levantamiento de los estudios y Rollin (1661-1741). — El *Tratado de los estudios*. — Juicios diversos. — División del *Tratado de los estudios*. — Reflexiones generales acerca de la educación. — Estudios de la infancia. — Educación de las jóvenes. — Estudio del francés. — El griego y el latín. — Rollin como historiador. — Enseñanza de la historia. — La filosofía. — Enseñanza científica. — Carácter educativo de la pedagogía de Rollin. — Disciplina interior de los colegios. — Educación pública. — El látigo. — Castigos en general. — Conclusión.

**La universidad de París.** — Desde el siglo XIII la universidad de París había sido un foco de luz y un lugar de cita para estudios, y Ramus pudo decir: « Esta universidad no es la de una ciudad solamente sino la del mundo entero. » Pero en la misma época de Ramus, á consecuencia de las discordias civiles y también de los progresos de los colegios organizados por la compañía de Jesús, la universidad de París declinó y vió disminuir el número de sus discípulos.

Obstinábase además en pleno Renacimiento en seguir los añejos reglamentos que el cardenal de Estouteville le impuso en 1452; aferrábase á la rutina y á los métodos escolásticos y hacíase necesaria una reforma: Enrique IV la realizó en 1600.

**Estatutos de 1600.** — Los estatutos de la nueva Universidad fueron promulgados « por orden y volun-